margen para profundizar ni menos para documentar las afirmaciones valorativas que emite. El lector dispone, por lo tanto, de ensayos de divulgación destinados a estimular su apetito literario. Los juicios críticos, no obstante, revelan a primera vista la fina sensibilidad que Montenegro poseía como lector y el residuo informativo con que contaba merced a la cantidad de libros que llegaban a sus manos y a los frecuentes viajes que emprendía por diversos países. La labor de Montenegro, así entendida, abre derroteros, sugiere y estimula, a la vez que exhibe un estilo pulcro y atildado junto a una cultura general nada despreciable.

El desconocimiento de una disciplina rigurosa en las labores críticas se deja ver meridianamente en estos ensayos. Junto a la abrumadora frecuencia de los juicios apriorísticos, proliferan las digresiones tangenciales y las comparaciones de los autores chilenos con los extranjeros, sin otro propósito que realzar los méritos de los primeros. La aproximación crítica de Montenegro, amén de resultar anticuada para lo acostumbrado en nuestros días y de dudosa solidez en sus mejores días, no logra descubrir el valor esencial de una obra o una producción por su valor intrínseco. El periodista que vive en el autor de *Mis contemporáneos* prefiere más bien arriesgarse por las vías que hemos señalado, no obstante el peligro de desembocar en la inexactitud, el personalismo o la pedantesca superficialidad de que a menudo adolece el artículo de prensa.

Los ensayos de Ernesto Montenegro pasarán al registro de las letras chilenas por la índole memorialista que los informa y por constituir fiel expresión de una personalidad que supo captar amistades y llamar la atención dentro del círculo de sus "contemporáneos".

HOMERO CASTILLO

University of California, Davis

ANGEL FLORES. *The Literature of Spanish America: Vol. II, 1825-1885*. New York: Las Américas Publishing Co., 1967.

Este segundo tomo abarca aproximadamente una quinta parte del tiempo cronológico que encierra el primero:¹ cubre los sesenta años que unen a 1825 con 1885, durante los cuales se acentúa la búsqueda de una auténtica expresión americana. Se advierte que algunos escritores continúan el camino señalado por el neoclasicismo, ya discutido en el tomo anterior; otros, los más, por el camino del romanticismo, en sus diversas formas, desde la más europeizante, como la francesa, hasta la más americana, como la de la poesía gauchesca.

También en el nuevo tomo una introducción biobibliográfica, sucinta y enjundiosa, precede a las páginas antológicas de cada autor. El volumen comienza con José Joaquín Olmedo (1780-1847) y termina con Daniel Riquelme (1857-1912). Entre ellos aparecen 21 autores, todos de méritos continentales, excepto tal vez José Joaquín Pesado (1801-1861), Felipe Pardo (1806-1868) y José Batres Mon-

¹ Cf. mi reseña de este primer tomo en *Revista Iberoamericana* N° 65 (enero-abril, 1968), pp. 171-172.

túfar (1809-1844), que más pertenecen a la historia literaria mexicana, peruana y salvadoreña, respectivamente, que a una antología crítica de lo más selecto de la literatura hispanoamericana. Los tres no se encuentran entre los mejores 23 escritores de esos 60 años.

Olmedo está representado por una selección de "La victoria de Junín", poema en el que descansa principalmente su fama literaria. Andrés Bello (1781-1865), el más importante de los neoclásicos de este lado del Atlántico y uno de los humanistas más cultos del Nuevo Mundo de su época, está representado por "La agricultura de la zona tórrida", poema que publicó en Londres. Los otros dos neoclásicos de la antología: Antonio José de Irisarri (1786-1868) y José Joaquín Pesado (1801-1861) son examinados a la luz de su poesía.

La primera selección en prosa, "Al cumplir los treinta años..." (pp. 57-58), pertenece a Esteban Echeverría (1805-1851), introductor del romanticismo francés. De él también se ofrecen algunos poemas y 21 páginas de *El matadero* (pp. 68-88).

El criterio selectivo ha sido condicionado por consideraciones estéticas y pedagógicas. En las selecciones poéticas el profesor Angel Flores ha tenido más éxito que en las secciones en prosa. Esto es comprensible si se tienen en cuenta las limitaciones impuestas por las diversas extensiones de las obras. El que prepara una antología se ve obligado a descartar los libros voluminosos, cuyo valor no se aprecia cabalmente en sus capítulos o secciones porque el todo es superior a la suma de sus partes. De la obra poética de Plácido (1809-1844), por ejemplo, se ofrecen sus mejores versos y los más representativos de su lira, incluyendo "Jicotencal" (pp. 135-137) y su conmovedor soneto "Despedida a mi madre" (p. 42); en cambio, el capítulo V de *Facundo* (pp. 147-154), sobre la vida de ese caudillo argentino, y las páginas de *Recuerdos de provincia* (pp. 155-160), aunque sí útiles desde el punto de vista práctico, no son las mejores de Sarmiento.

Las introducciones, tan bien equilibradas y reveladoras de buen juicio crítico, a veces muestran la simpatía o antipatía del autor por determinadas fuerzas de la historia política y literaria, como cuando llama "bestial powers" (p. 143), al referirse a los enemigos políticos de Sarmiento.²

De Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) y José Mármol (1817-1871) se nos ofrece lo más selecto de su producción lírica. Están allí "Al partir", "Plegaria" y "A la muerte de... Heredia", de ella, y poemas de *Cantos del peregrino*, de él. Aunque la fama de Mármol descansa más en su *Amalia*, no se han incluido páginas de esa novela, probablemente para no ofender al lector universitario familiarizado con la etapa melodramática y llorona del romanticismo.

Las selecciones en prosa de José Milla (1822-1882), José María Roa Bárcena (1827-1908), Alberto Blest Gana (1830-1920), Juan Montalvo (1832-1889) y

² Como la historia generalmente la escriben los vencedores, todavía no se ha hecho la evaluación objetiva del papel de Rosas. Sus detractores hacen eco a las acusaciones de la brillante generación de intelectuales románticos y europeizados que como Echeverría, Sarmiento y Mármol describieron en valiosos libros la era de violencia, de dictadura, de arbitrariedad. Los apologistas de Rosas, en cambio, lo consideran como el primer defensor del pueblo, del gaucho y de su patrimonio cultural, frente a los intereses de exportadores voraces, burgueses europeizados e intelectuales extranjerizantes. Más sobre esto se encontrará en mi *Latinoamérica: nación continental* que Dodd, Mead & Co. publicará en 1969.

Ricardo Palma (1833-1919) ilustran y confirman las evaluaciones críticas que se dan en las introducciones a estos escritores.

La poesía gauchesca está representada por dos de sus mejores exponentes: Estanislao del Campo (1834-1880) y José Hernández (1834-1886). Del primero se incluyen varias partes de su *Fausto* (pp. 287-327), y del segundo varios cantos de *Martín Fierro* (pp. 333-395). Todas estas páginas, las mejores de la poesía gauchesca, bastan para familiarizar al estudiante con ese importante aporte original de la literatura hispanoamericana.

La selección más completa es la de *El Zarco* (pp. 400-495), la importante novela romántica de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), la cual, depurada de sus secciones reiterativas y de su romanticismo extravagante, resulta una versión superior a la que dejó inédita su autor.

Los cuatro últimos de la antología: Eugenio María de Hostos (1839-1903), Nataniel Aguirre (1843-1888), Manuel Acuña (1849-1873) y Daniel Riquelme (1857-1912) se encuentran bien representados con páginas de lo mejor de su producción lírica.

El lector informado no tendrá dificultad en identificar las obras de donde se han tomado los poemas y selecciones en prosa que aparecen en la antología; en cambio, el estudiante que recién se inicia puede tener dificultad en hacerlo. "Sátira" (pp. 30-34) y "El bochinche" (pp. 35-39) de José Antonio de Irisarri, por ejemplo, pueden proceder de su único poemario *Poesías satíricas y burlonas* (1867) o de su producción lírica no reunida en libros. Si los escritores son autores de varios libros, las páginas sin identificar ofrecen mayores dificultades, como sucede por ejemplo con las prosas de Echeverría (pp. 68-88), que no tienen título alguno, o el caso de "El embrollón" (pp. 205-212), de José Milla, autor de varios libros de cuadros de costumbres, de alguno de los cuales podría proceder el ejemplo que se da de su prosa.

Salvo esas menores omisiones, *The Literature of Spanish America*, juzgándola por los dos tomos ya publicados, es la antología que mejor puede competir con *Literatura hispanoamericana* de Anderson Imbert y Florit.³ Hay quienes la encuentran superior a ésta, porque prefieren las introducciones en inglés y buscan una obra más extensa que incluya el importantísimo género de la novela. De todas maneras, hasta hoy, las dos son las mejores antologías para el uso diario en las aulas universitarias norteamericanas.

EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ

Queens College
of the City University of New York

EUGENIO FLORIT Y JOSÉ OLIVIO GIMÉNEZ. *La poesía hispanoamericana desde el modernismo*. New York: Appleton-Century Crofts, 1968.

Por más insatisfactoria que sea la antología como género, su utilidad pedagógica es indiscutible, y este trabajo de Eugenio Florit y José Olivio Giménez viene

³ Nos referimos a Enrique Anderson Imbert y Eugenio Florit, *Literatura hispanoamericana: Antología e introducción histórica* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1960), xii + 780 pp.